

res, presentándose á ellos siempre jovial y cariñosa, en las horas en que permanecía retirada en su estancia, lloraba á veces, ora recordando con ternura á su segundo padre el cura de Dolores, que tantas muestras de afecto le habia dispensado, ora pensando en su amante Rafael, del cual no habia tenido en cerca de cuatro meses ninguna noticia.

—¿Qué tienes, hija mía? le habia preguntado bondadosamente D. Aniceto al presentarse ella en el comedor llevando en los ojos las huellas del llanto.

—No tengo nada, contestó Margarita sonriendo.

—Vamos, es necesario que empiece á entrar en tí la conformidad; lo sucedido ya no tiene remedio; y despues de tantas amarguras como has pasado, en tu corta vida, no debes considerarte desgraciada hallándote en una casa en donde has encontrado una nueva familia. Tú no eres aquí ya una extraña.

—Ah! Señor: ¡que bueno es vd!

La jóven no pudo decir más porque se le desbordaban las lágrimas.

D. Aniceto se vino á ella, la abrazó y todos los demas la empezaron á prodigar palabras de consuelo.

—Estoy confusa, dijo al fin la jóven, no merezco tanto, y..... por otra parte, siento mucho turbar la felicidad de vdes. con estos arranques de dolor. Yo bien quisiera saber disimular mi tristeza..... yo bien quisiera conformarme con mi desdicha una vez que no tiene remedio; pero por mas que deseo tener

CAPITULO IX.

TESTAMENTO DE HIDALGO.

Hacia ya mas de un mes que se habia comunicado á Margarita el trágico fin que habia tenido su padrino el cura Hidalgo y dos de su fusilamiento en Chihuahua, cuando pasaron las escenas que vamos á tratar de referir.

La jóven permanecia en la misma casa que la habia recibido primeramente por disposicion del general Cruz, y despues por el cariño que ella habia sabido engendrar entre todos los miembros de aquella familia, compuesta de D. Aniceto Mercado, comerciante en géneros, de su mujer Doña Catarina, y de sus tres hijos Anselmo, Leandra y Carolina, de veintiseis años el primero, de veinticuatro la segunda y de veinte la última.

Margarita vestia de riguroso luto, y si bien procuraba mostrarse agradable con sus nuevos protecto-

fortaleza, cuando menos pienso me viene el llanto, se me saltan las lágrimas. no está en mí.

—Vamos, vamos.

—Y ahora que ya ha pasado esto, continuó diciendo Margarita con voz reforzada, debo también revestirme de valor para decirles. . . .

—Ni una palabra más, querida niña, le interrumpió D. Aniceto, sé á donde vas y te prohibo decirlo.

—¡Ah! pero yo creo que tengo en esta ciudad algunos parientes, debo pedirles á vdes. permiso para buscarlos. debo hacer algo para quitarles una carga que les vino encima por pura casualidad.

—Qué tontería, exclamó el buen comerciante conmovido: ¿crees que si no tuviéramos gusto en tenerte nos habría faltado algún pretexto para decírtelo? Pregunta á mi mujer, pregunta á mis hijos, y cada uno te irá diciendo que están contentos de tu permanencia en esta casa.

Todos aprobaron y principalmente el jóven Anselmo que demostró más entusiasmo y mirando de tal modo á Margarita que la hizo estremecerse.

D. Aniceto continuó diciendo:

—Es verdad que cuando el general Cruz tuvo á bien designarnos para que te recibiéramos, me dijo que esto sería solo mientras el cura Hidalgo que era la persona de quien dependía tu suerte, mandaba lo que se debía de hacer contigo, pero una vez que aquel ha muerto dando fin en el patíbulo á su malaventurada empresa, la caridad por una parte, y el afecto que

te tenemos por la otra, nos forman el deber de mantenerte á nuestro lado.

—Pero indefinidamente?

—Indefinidamente. á no ser que llegues á casarte.

La jóven se ruborizó, inclinó la cabeza con modestia y murmuró:

—No sé con qué palabras debo manifestar mi agradecimiento.

—Aquí nada te faltará. no vivirás con opulencia, porque mi capital es de poca cuantía; pero si llega á soplarme buena suerte, disfrutarás de todo lo que tenga yo como hija mía, y llegada la vez. . . no te mortifique esto, tendrás alguna parte en mi testamento.

La jóven no pudo contenerse más y cayó de hinojos delante de aquel buen hombre abrazando sus rodillas á la vez que lo miraba con ternura y vertiendo lágrimas.

Todos se enternecieron, hicieron levantar á la jóven y la abrazaron, significándole que si antes la habían querido, desde aquel momento iba á ser considerada como si siempre hubiera sido miembro de la familia.

La comida fué silenciosa, porque cada uno había quedado emocionado y todos procuraban respetar el luto de Margarita: solo á los postres, ella misma fué la que dió la señal para que cesara aquel recogimiento, refiriendo anécdotas graciosas del convento, que hicieron reír á todos y especialmente á la buena de

Doña Catarina, que también había conocido en su juventud las costumbres monacales.

Acababan de levantarse de la mesa cuando un criado vino á decir que allí estaba un pobre viajero que pedia permiso para entregar una carta á Margarita.

—¡Una carta! dijeron todos los miembros de la familia Mercado, á la vez que la jóven mudaba de color.

Y despues de pasado aquel movimiento de asombro, dijo el jefe de la familia al criado:

—¿De dónde dice que viene ese pobre viajero?

—De muy léjos.

—Vaya, vaya! pudiera ser que fuera conveniente recibirlo, dijo Doña Catarina movida por la curiosidad, pues aunque buena de suyo, solo se animaba cuando había algo que averiguar ó de qué *chismosear*, segun su término favorito.

—Pues que entre, dijo D. Aniceto, dirigiéndose al criado.

Margarita se apartó un poco para dejar que interrogaran con libertad al individuo que se había anunciado, resuelta por otra parte á arrostrar con todas las consecuencias que aquel incidente reportara.

A los pocos momentos entró un hombre al parecer jóven, con los cabellos largos y descuidados sobre la frente y sobre los hombros, con un vestido bastante rajado, subiéndole las solapas del chaquetin hasta las orejas, por lo que casi todo el semblante se le cubria con los cabellos y el levantado cuello de aquella mala vestimenta. Lo demas del vestido estaba com-

pletamente de acuerdo: el calzado se componia de unas suelas gruesas y de unas tiras de cuero que le abrazaban los piés, y los calzones estaban en malísimo estado, teniendo que completarse con un pedazo de frazada que le daba una vuelta alrededor de la cintura.

Hizo luego que entró muchas reverencias á D. Aniceto lo mismo que á su señora, y con voz que parecia quejumbrosa ó llena de fatiga, preguntó si era cierto que vivia en esta casa una jóven llamada Margarit, protegida que fué en otro tiempo del señor cura Hidalgo.

—Sí, le contestaron los dos jefes de la familia.

Margarita que se había retirado, segun hemos dicho, al oír aquella voz que no le pareció desconocida, quiso acercarse al mensajero, pero al ver sus trazas permaneció retirada, aunque no sin que palpitara su corazon apresuradamente.

—Yo estuve en Chihuahua cuando fué decapitado aquel buen cura, continuó diciendo el extraño personaje que hemos descrito, y aunque no me habló sino una palabra, fué para darme un encargo cerca de su ahijada Margarita en Guadalajara, que debia perfeccionar el carcelero.

—¿Y ese encargo? preguntó Doña Catarina.

—Fué el de entregar á su jóven ahijada una carta y decirla unas palabras que solo ella debia escuchar.

—Una carta y unas palabras! murmuró D. Aniceto.

—La carta aquí está, continuó diciendo el mendicante, que esas eran las trazas que tenía tal viajero.

Y á la vez sacó del seno un nudo de trapos sucios que empezó á desenvolver, hasta llegar á un papel blanco que servía de última cubierta á la carta.

—Margarita, dijo D. Aniceto, este hombre te trae una carta: puedes acercarte y recibirla, pero como además pretende hablarte unas palabras, que has de oír tu sola, ya nos dirás lo que dispones en este particular.

—Yo por mi parte no le temo á nadie, dijo Margarita aproximándose; y además este hombre me parece tan bueno, me viene á hacer un servicio tan grande, que nada deseo tanto como interrogarle, como que vdes. me permitan que le pueda hablar á mis anchas. . . . Aquí mismo puedo conversar con él, segura de que sabrá tratarme con todo respeto.

—¡Oh! exclamó el jóven levantando los ojos al cielo como si viera á una santa.

Margarita, al ver aquella mirada, no pudo ya dudar de la personalidad del mensajero y dijo prontamente:

—Yo suplico á vdes. que me dejen con él, y los llamaré tan luego como acabe de hablarme.

Todos se alejaron del comedor, menos doña Catarina que con el mayor disimulo hizo por quedarse en la pieza contigua con la esperanza de poder pescar algo.

Cuando la jóven estuvo sola frente al viajero mal

vestido, se acercó á él con los ojos arrasados de lágrimas, y tendiéndole la mano le dijo con ternura:

—Te he conocido desde que te oí pronunciar las primeras palabras, Rafael. . . . pero ¿en qué estado vienes!

—Sí, hay todo junto, exclamó aquel estrechando entre las suyas la mano de Margarita, y continuó después de llevarla á sus labios con respeto: por una parte mis pequeños recursos se han agotado en un viaje tan largo y tan trabajoso; pero por la otra hay gran descuido de mi persona para que nadie repare en mí y pueda ir por donde quiera sin inspirar sospechas. ¡Ah! cuántas cosas tengo que decirte.

—Habla pronto, Rafael, porque deben las personas que has visto, estar esperando ansiosamente que termine nuestra plática.

—Después que nos vimos la última vez. . . . ¿te acuerdas?

—Sí, cuando veniste audazmente á darme por la ventana tu despedida. . . .

—En el acto salí rodeándome de todas las precauciones imaginables, porque era el tiempo en que los realistas colgaban á todos los americanos que se encontraban en los caminos, y procurando andar estos de noche, aunque sin conocerlos, llegué después de indecibles fatigas á la ciudad de Chihuahua. Por mas que quise apresurarme, por mas que redoblé mis fuerzas que se acababan con las fatigas; á pesar de mi vigorosa constitucion y de mi ánimo resuelto, trascurrie-

ron días y días, y ya sin esperanzas de llegar á tiempo, hube al fin de penetrar en aquella poblacion objeto de mis ansias ¡y en qué momentos!

Aquí la voz del jóven se ahogó en lágrimas y continuó despues de un momento en que tomó alientos:

—Cuando no se oía decir otra cosa por la ciudad, sino que el venerable padre de la independencía iba á ser sacrificado en el patíbulo. ¡Cómo! pregunté á una de las personas á quienes oí decir esto, ¿quiere decir que ya no alcanzaré á verlo?—Es seguro que no, me contestó, á la vez que echaba á correr en la direccíon de la plaza: la ejecucíon estaba señalada para las seis y acababan de dar. Apresuré entonces el paso y jadeante, sin resuello, llevado por los demas que iban delante de mí, porque yo no habia estado nunca en la poblacion, llegué al fin al lugar del suplicio, pero era en los momentos en que una descarga y luego otra me anunciaban que se estaba cometiendo la ignominia que yo ¡pobre de mí! trataba de evitar, empleando cuanto pudiera hacer para salvar á aquel hombre que amaba tanto como á mi padre.

Margarita sollozaba en silencio.

Rafael prosiguió despues de un momento:

—Fuera el cansancio, fuera la turbacion que me produjo aquel acto inhumano, aunque ya me lo esperaba, sentí que las fuerzas me abandonaban y caí exánime sobre las baldosas de la puerta sin poder dar otro paso. Cuando volví en mí me encontraba en el mismo estrecho lugar que habia servido de prision al cura Hidalgo, asistido por un hombre de buen aspect-

to que me dijo habia sido uno de sus guardianes. Me preguntó si te conocia, le dije que tú me enviabas, y entonces me confió el último legado de nuestro buen protector, consistente en dos cartas que habia escrito para nosotros momentos antes de morir.

—Querido tío de mi alma! exclamó la jóven siempre deshecha en llanto, ¡se acordó de escribirnos!

—Y aquí están esas cartas, dijo Rafael despues que Margarita se hubo enjugado las lágrimas y habia vuelto á serenarse pasadas que fueron las fuertes emociones de su dolor, aquí están dentro de una misma cubierta.

—¿No las has leído?

—No: vienen dirigidas á tí en el Beaterio de Guadalupe.

—¡Oh! mi buen padre! no puedo persuadirme...

—Fué un encargo que hizo con el mayor encarecimiento á su guardian.

—Pero y tú, Rafael, ¿por que no te has impuesto de ellas?

—Porque juré traértelas hasta ponerlas en tu mano.

—Pero bien sabias...

—No, Margarita, mia, podia haber un secreto que no me correspondiera conocer.

—Ahora vas á hacerme el favor de romper la cubierta y de darles lectura tú mismo.

Se entabló una pequeña lucha en que Rafael tuvo que ceder al fin, y leyó lo siguiente:

«Mi amada Margarita: Próximo á morir te escribo estas pocas líneas como mi testamento y mi despedida en este mundo. Yo soy tu padrino únicamente,

ningun otro parentesco me liga contigo. Tu padre fué un excelente sujeto á quien le juré que nada te faltaria mientras yo viviera. Tu madre vive, pero ignoro en donde pueda encontrarse ahora. Se llama Dolores Garcia. Una carta va adjunta á esta para mi querido joven el capitan Rafael Fuentes en que le indico dónde puede encontrar un pequeño depósito de dinero que dejo para que ustedes lo disfruten desde luego ó cuando puedan unirse en matrimonio. Si no me he engañado ustedes se tienen mútua inclinacion y será con beneplácito mio que logren sus deseos, recibiendo con esta mi última bendicion. Miguel."

En la carta de Rafael se decia poco mas ó menos lo mismo y cuál era el lugar en el curato de Dolores en donde estaba enterrada una cantidad como de diez mil pesos, de los cuales una buena parte procedia de la realizacion de algunos pequeños bienes dejados con ese fin por el padre de Margarita.

Al concluir la lectura de las cartas, el semblante de Rafael se habia trasfigurado: habia echado hácia atrás su negra cabellera, se habia bajado el cuello de la especie de chupa despedazada que llevaba y apareció hermoso á pesar de las huellas bien acentuadas de la fatiga y el sufrimiento que llevaba impresas en la frente y debajo de los ojos. Cayó de rodillas delante de la jóven y pudo decir solamente:

—¡Todo lo sabia aquel grande hombre!

Margarita aun no podia reponerse de los sentimien-



—Calla, necio: fia siempre en la lealtad de tu Margarita.



—Calla, nécio: fia siempre en la lealtad de tu Margari-
ta.

tos encontrados que le habia producido la lectura de aquellas cartas y sin pronunciar palabra atrajo á sus brazos á Rafael, viéndole con mirada llena de infinita ternura al traves de aquel mar de lágrimas que no cesaba de brotar de sus ojos.

De repente se las enjugó con toda prontitud y dijo con voz llena de energia:

—Me habia olvidado de que estamos en este mundo, de que yo vivo en una casa agena, de que la familia está allí esperándome; me olvidaba de que tú no puedes permanecer aquí ni en la ciudad sin exponer tu vida. Separémonos.

—Y qué vas á hacer?

—A confiárselos todo, Rafael, como es de mi obligacion. ¿Acaso puedo mentir á los que forman mi segunda familia?

—He visto allí á un joven.....

—Calla, nécio: fia siempre en la lealtad de tu Margari-
ta.

—¿Nos volveremos á ver?

—No sé cuando ni como: huye pronto, parte en seguida y escríbeme si puedes. Entre tanto ¡adiós!

Margarita besó á Rafael en los labios y le empujó dulcemente hacia la puerta diciéndole á un eriado que lo acompañara.